

Cabo de Creus.

En el límite oriental de la península Ibérica, en la Costa Brava, las estribaciones del macizo pirenaico se adentran en el mar Mediterráneo y forman la península del Cap de Creus.

Las formaciones arbustivas y los matorrales dominan este singular paraje de terrenos graníticos y esquistosos del paleozoico.

La costa rocosa, interrumpida continuamente por pequeñas bahías, sorprende a menudo con complicadas y bellas formas, fruto de la acción incesante del oleaje y de los vientos de levante y tramontana.

Desde mayo de 1998, existe como tal el Parque Natural Marítimo-Terrestre Cap de Creus, con más de 13.000 hectáreas protegidas. Mereció esa figura de protección gracias a la riqueza paisajística y biológica, tanto en tierra como en el mar, así como a la del patrimonio histórico y cultural, que durante más de diez siglos se desarrolló en la zona.

En el mar, la limpieza y la transparencia del agua del cap de Creus es un claro reflejo de la escasa contaminación a la que se ve sometida esta área marina, así como de la alta calidad de sus aguas y de las cuantiosas formas de vida que en ella coexisten.

Sobre el fondo rocoso, los abanicos de ramificadas y estilizadas gorgonias destacan en el paisaje del lecho marino. A su alrededor, diversos organismos se desplazan en busca de alimento o de algún recoveco donde refugiarse, como este hábil pulpo, depredador experto que revisa cada hueco o grieta acechando a sus presas, siempre alerta con su mirada exploradora.

Innumerables peces de diversas especies nadan sobre el sustrato rocoso, recubierto de algas fotófilas y calcáreas; y diferentes organismos, como colonias de briozoos, esponjas, anémonas, ascidias, poliquetos y madreporarios, entre muchos otros. En la superficie bentónica predominan los organismos suspensívoros de aspecto arborescente, que enriquecen la biocenosis de este maravilloso paisaje sumergido.

En el lecho marino del Cap de Creus reposan para siempre, en sus aguas más profundas, vestigios de historia. Allí donde antiguos navegantes perdieron su rumbo, hoy encuentran paraísos subacuáticos los submarinistas.

Los restos inertes que antes surcaron las aguas del mar Mediterráneo dan cobijo a diversas especies amantes de la penumbra y han sido colonizados por un gran número de organismos bentónicos.

La gorgonia *Paramuricea clavata* presenta aquí un espectacular desarrollo, claro indicador de la ausencia de contaminación y de la presencia de un hidrodinamismo intenso, que renueva constantemente estas aguas.

El porte arbóreo de esta comunidad es producto de la actividad durante decenas de años de numerosos y pequeños pólipos, que fijados en sus colonias atrapan con sus tentáculos el alimento suspendido. Así crean con rojas pinceladas grandiosos paisajes submarinos en este espléndido parque natural de la Costa Brava.